

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

—XLII—

ARBOLEDA GUSTAVO (1881-1938). *César Conto, su vida, su memoria*. Publicación hecha con motivo del centenario del grande hombre. 1836-1936. Gustavo Arboleda, Edit. 11½ x 17 ctms. 193 págs. Retr. Cali, 1936.

Don Gustavo Arboleda nació en Popayán, el 24 de noviembre de 1881 y murió en Cali el 14 de diciembre de 1938.

Aparte del desempeño de algunas actividades consulares y administrativas, y del ejercicio de la cátedra, consagró su vida al cultivo de la historia.

Fue cónsul de Colombia en Quito y en Belén del Pará, director de la Imprenta Departamental del Cauca, juez superior de rentas del Valle y catedrático de historia y geografía en el Colegio Restrepo Mejía de Bogotá y en el de Santa Librada en Cali.

Su actividad bibliográfica es copiosa, desde sus *Apuntes sobre la imprenta y el periodismo en Popayán*, obra de su primera juventud, hasta su *Historia contemporánea de Colombia*, grandiosa empresa intelectual de la madurez, de la que solo alcanzó a publicar seis volúmenes, sin contar el *Diccionario bibliográfico del Ecuador* (Quito, 1910), el *Diccionario bibliográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca* (Cali, 1926), la monumental *Historia de Cali*, reeditada en tres volúmenes, en 1956, por la ilustre Universidad del Valle, y otras publicaciones similares, aparte de multitud de artículos que vieron la luz en la prensa nacional y en la extranjera a lo largo de cuarenta años de consagración a las letras, y de libros de viajes, biografías, evocaciones de antaño, etc.

Fue Gustavo Arboleda miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, del Centro Vallecaucano de Historia y Antigüedades, de la Academia Nariñense de Historia, y de las similares academias de Antioquia, de Panamá, de Madrid y de Buenos Aires.

Con su libro sobre César Conto, Arboleda realizó no solo una meritoria labor literaria sino una verdadera obra de justicia, de reparación por el injusto olvido en que yacía el nombre de uno de los publicistas más nota-

bles del pasado siglo: poeta, filólogo, orador parlamentario, insuperable periodista de combate, como lo fue Conto, muerto prematuramente en la ciudad de Guatemala el 30 de junio de 1891.

En realidad, hasta 1936, ningún homenaje se había consagrado en el país a la memoria de César Conto, distinto de la *Corona fúnebre* que la juventud liberal caucana mandó editar en Bogotá, en la Imprenta Echeverría Hermanos, en 1891, en la cual, al lado de artículos de la prensa diaria y de resoluciones y mociones de los directorios políticos aparecen algunos escritos de fuste, suscritos por Jorge Isaacs, por Modesto Garcés, por Wenceslao Rengifo, por José Antonio Llorente, por Carlos N. Rosales, entre otros. No figura, ni podía figurar en este opúsculo, pues se publicó en *El Relator* del 30 de junio de 1893, el soberbio ensayo que sobre Conto compuso don Santiago Pérez, y que puede leerse en la *Selección de escritos y discursos* de este. Vol. LXXXI de la Biblioteca de Historia Nacional, impreso en Bogotá en 1950.

En el Prólogo a su libro, Gustavo Arboleda explica su composición y sus alcances, de esta manera:

"...Para contribuir a hacer conocer mejor al eminente compatriota, hemos compilado en este volumen diversos escritos, buena parte debidos al mismo Conto, así en prosa como en verso, otras piezas de diferentes autores, que enaltecen al personaje, lo integran y lo revalúan debidamente".

"Parte de la prosa del doctor Conto que recogemos aquí pinta una situación política, es un valioso documento histórico: los hombres del nuevo gobierno impedían la franca oposición de los periodistas del partido caído y los asediaban con multas, prisiones y destierro. Los editoriales de *El Liberal* están ahí, para exhibir la lucha de Conto, aclamado jefe de su partido, con el presidente Núñez y otros jefes del régimen imperante..." (Págs. 5-6).

No solo los editoriales. Absolutamente todas las columnas de su periódico, sin avisos mercantiles, totalmente consagradas a la lucha política, a la cotidiana polémica, a la divulgación de los principios que defendía. Hemos repasado la colección completa de ese periódico, que se conserva en nuestra biblioteca particular, deteniéndonos especialmente en su formidable controversia gramatical con don Miguel Antonio Caro, cuyos artículos se recogieron luego en uno de los volúmenes de sus *Obras completas*, publicadas después de su muerte.

"Las poesías, entresacadas de la colección que el mismo doctor Conto publicó en Londres —continúa escribiendo Arboleda— revelan que el autor, a más de poseer grande inspiración, dominaba admirablemente el idioma patrio, conocía todos los recursos de la versificación y también, a fondo, algunas lenguas extranjeras. De ellas vertió admirables producciones, algunas de las cuales han sido colocadas por la crítica entre lo mejor de su obra literaria".

"Para completar la parte biográfica hemos intercalado el relato de algunos episodios, en forma anecdótica, para hacer estimar debidamente a Conto por sus diversos aspectos. Trátase, en la mayor parte de estos escritos, de recuerdos y tradiciones de familia, que oíamos referir en las

veladas del hogar, con el cariño y la veneración que a nuestros padres y abuelos supo inspirar el ilustre chocoano y cómo era para ellos grata y querida su memoria”.

“Que sea acogido por el público este librito en la forma que Conto lo merece. Nosotros lo hemos formado con amor y entusiasmo...” (Págs. 6-7).

Con excepción de una o dos poesías de Conto que solo en este libro se encuentran, las restantes que aquí se transcriben pueden leerse también en la colección que de sus *Versos* hizo en Londres el autor. Empero, las prosas que aquí aparecen tomadas de las colecciones de periódicos que Conto redactó, solo pueden encontrarse en ellas, lo que resulta muchísimo más difícil, lo mismo que sería dar con los *Informes* presentados por Conto a las Legislaturas del Estado Soberano del Cauca, ya como secretario de gobierno, ya como secretario del tesoro y crédito nacional, ya, en fin, como presidente de aquel Estado. Por lo que es grandemente de aplaudir el que Arboleda hubiese hecho en este libro tales transcripciones, indispensables para cuantos quieran investigar acerca de la vida y la obra del insigne varón que las produjo. Y lo propio podría decirse de las anécdotas que Arboleda recogió sobre el poeta, que contribuyen también a destacar diversos rasgos característicos suyos, principalmente su genio festivo, zumbón e irónico, y la extraordinaria vivacidad de su inteligencia. Y de otros documentos, como el *Parte de los Chancos*, mensajes y alocuciones de interés para la historia nacional.

Gran repentista, sin disputa el mejor de los de su época, como lo reconocieron sus émulos, aparece de cuerpo entero en las anécdotas que en este libro se recuerdan. Y al leerlas, no puede menos de asentir el lector a lo que sin ponderación alguna escribió el famoso Joaquín Pablo Posada del bardo chocoano, cuando refiriéndose a Conto decía:

*“Habla como de memoria
cual si estuviera leyendo,
a su gusto disponiendo
de la fábula y la historia.
Las reglas de la oratoria
no olvida en tales instantes,
y sin aires petulantes
brota, en forma de simplezas,
Tequendamas de bellezas,
Niágaras de consonantes.*

*“Con cada palabra mía
hace una décima suya:
que no me la restituya,
pues yo la profanaría.
Con singular maestría,
sin vacilar un segundo,
con giro siempre rotundo,
sin dejar de ser conciso,
puede, hablando de improviso,
darle dos vueltas al mundo.*

*“Deben, a este trovador
los repentistas de Italia
descalzarle la sandalia
de hinojos y con temor.
En mi caso, el estupor
tapó mis entendederas;
y acá inter nos y de veras,
pienso que escuchando a Conto
se calla, porque no es tonto,
hasta José Manuel Lleras...”*

Esta envidiable peculiaridad del repentismo de Conto, no lo abandonaba ni en las más difíciles circunstancias. Aquí se transcribe al respecto una anécdota entre Conto y Julio Arboleda, que muchas veces, de niños, oíamos referir a nuestros padres y abuelos en la casa paterna.

Ello es que después del combate de Los Cristales cayó Conto prisionero y fue retenido en improvisada prisión con sus compañeros de infortunio. A ese lugar llegó don Julio Arboleda y acordándose, frente a los liberales vencidos —dice el autor de este libro— de las palabras que Virgilio pone en boca de Eneas cuando el sitio de Troya:

Ultima salus victis nulam sperare salutem,

Don Julio las tradujo de improviso y de esta manera, que él se cuidó mucho de pronunciar, con marcada intención delante de sus adversarios:

*No hay más salud para el vencido que una,
y es no esperar del vencedor ninguna...*

A lo que inmediatamente una voz varonil, la de César Conto, salida del grupo de los prisioneros, repuso con altivo acento:

*Mas ay del vencedor tirano y cruel
si el vencido se escapa y da con él...*

“Era una especie de amenaza —dice Gustavo Arboleda—; don Julio no podía oírla mansamente, eran grandes sus arrestos de invencible y afortunado. Miró hacia el punto de donde la voz partiera y pudo observar que la había lanzado un joven alto, enjuto, de color cetrino y de un bigotito que adornaba su faz interesante y varonil. Lo miró con altanería, de pies a cabeza, guardó silencio y se retiró...” (Pág. 19).

También es memorable la anécdota parlamentaria que de Conto se refiere a propósito de la inoportuna intervención que le formuló un cierto señor Montenegro, diputado a la Cámara por las provincias del sur. Arboleda la narra de esta guisa:

“Don César era terrible contendor en los cuerpos colegiados; lo caracterizaba fácil, facilísima palabra, a la que ayudaban punzante ironía y sangrienta burla. Así fue en Bogotá; lo propio en Popayán, esto último en épocas en que la legislatura caucana, por la calidad de la mayoría de sus miembros, no era inferior al Congreso Nacional.

“Una vez estaba empeñado en sostener un proyecto relacionado con el ramo fiscal. Uno de los diputados del sur habló para combatirlo; Conto no juzgó de mucho peso los argumentos del contrincante; en vez de rebatirlos apeló a su socorrida arma del ridículo y le espetó esta quintilla, dirigiéndose, como en tono de advertencia, a la asamblea en general:

*Con el señor Montenegro
no me meto, no discuto,
porque es principio absoluto
que el yerno tenga su suegro
y cada César, su bruto...*” (Pág. 39).

A través de este libro, el lector podrá ver que Conto fue no solo un notable poeta, un excelente repentista, un avezado periodista de combate, sino también un excelente funcionario público, ya en el orden administrativo, ya en el campo jurisdiccional, ora dirigiendo las finanzas del Estado, ora también al frente de la colectividad política, a la que sirvió en la guerra y en la paz, en la fortuna, y en la adversidad, con un desinterés, con una lealtad, con una sensatez de que hay pocos ejemplos en nuestra historia política.

Conto, gobernante, echó las bases de muchas realizaciones que otros habrían de aprovechar en el Estado Soberano del Cauca. La navegación fluvial y el ferrocarril del Pacífico obras suyas son. Pero donde cifró más alto su actividad gubernamental fue en el ramo docente, al que consagró, con la cooperación de hombres como Jorge Isaacs, todas sus energías y entusiasmo sin tasa.

Arboleda recoge aquí una anécdota que andaba muy valida desde los días de la federación:

“La decisión por la enseñanza era extraordinaria en los hombres del gobierno. El superintendente de instrucción pública, don Jorge Isaacs, hombre dinámico, entusiasta y enérgico, veía todos sus proyectos, todas sus medidas, apoyados y secundados por el presidente Conto y sus otros colaboradores. Ese alto magistrado, a una petición de Isaacs para que se aumentara en 1.000 pesos mensuales el gasto de su ramo, contestó ordenando al secretario de hacienda, doctor Garcés: Dele usted al señor superintendente la suma que pide y si lo exhausto del tesoro no lo permite, olvídense usted de que a mí se me paga sueldo...” (Pág. 67).

A título de curiosidad transcribe Arboleda en este libro el apellidado *Testamento liberal de César Conto*, que tanta difusión y favor tuvo entre los correligionarios del poeta de fines del pasado siglo, y que es un documento “de época”, no carente de valor político y literario.

Solo que esta pieza no era en realidad de Conto, como se divulgó en periódicos y revistas, sino del doctor Francisco Pereira Castro, como lo confiesa el escritor Julio Esaú Delgado, a quien le fue atribuída. (Pág. 270).

Milcíades Carvajal Velasco, en un libro suyo, *Figuras caucanas*, editado en Bogotá en 1948, asegura por su parte que “El llamado *Testamento*

político de Conto no es obra suya sino fruto de la imaginación calenturienta del doctor Pereira Castro, muerto en el asalto a Bocas de Toro en 1895". (Pág. 18).

Termina este libro con la transcripción de algunos ensayos sobre Conto, el de Santiago Pérez entre otros, y una amplia referencia a la muerte del poeta, en su destierro de Guatemala, y a la repatriación de sus restos, realizada más de treinta años después de su fallecimiento.

En todo caso, este justiciero homenaje de Gustavo Arboleda a la memoria de uno de los varones preclaros de Colombia en el siglo XIX es ya un ejemplar muy raro de la bibliografía nacional.